

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
PEROTECA



*Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria*

6



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1965

ÍNDICE DEL HUMANISMO EN SAN LUIS POTOSÍ

DR. JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA
San Luis Potosí, S.L.P.

EL HUMANISMO HA SIDO PATRIMONIO de México a lo largo de cuatro siglos, fuente de verdad y de belleza, honda y operante raíz de nuestra cultura nacional.

Claros varones de San Luis Potosí han contribuído, con un afluente nada despreciable, sino en algunos aspectos considerable y valioso, a la anchurosa y perenne inundación humanística de la cultura patria.

Con las inevitables fronteras que acota una síntesis, ofrecemos hoy un índice del humanismo en San Luis Potosí.

Los misioneros que llegaron al alborada de la conquista sembraron en el valle potosino el tesoro grecolatino, la cultura occidental cristiana, conforme recogían los valores espirituales del indígena. Así es como empezaron a escribirse al mismo tiempo gramáticas y vocabularios de las lenguas nativas junto a obras latinas de filosofía y teología.

Mucho más que escritores de oficio, aquellos evangelizadores eran forjadores de hombres. Por eso su humanismo vital los llevó a la conquista espiritual del indio. Tal fue el signo que presidió a nuestros siglos XVI y XVII.

En el siguiente, que fue el siglo del humanismo novohispano, San Luis Potosí está presente en el movimiento humanístico de los jesuitas. Se abre el siglo XIX con el Colegio Guadalupano Josefino, de cuya fecunda semilla habrían de germinar casi todos los valores culturales de esa centuria.

El XIX ofrece una rica y variada teoría de hombres eminentes cuyo número y mérito se acrecienta en este propio siglo.

La obra de algunos humanistas potosinos ha logrado trascender el ámbito provinciano para engrosar definitivamente el cauce del humanismo mexicano: Andrés Diego de la Fuente, extraordinario poeta latino; Manuel María de Gorriño y Arduengo; Modesto Santa Cruz, autor de un solo y delicioso poema latino; Ignacio Montes de Oca, intérprete de los clásicos griegos; Ambro-

sio Ramírez, traductor de toda la obra lírica de Horacio; Primo Feliciano Velázquez, amoroso catador de las humanidades y las "indianidades"; y el cantor de los "Poemas Rústicos", Manuel José Othón, en cuya voz se unieron "la miel de los helénicos panales" con "la sangrienta flor del cristianismo".

Al lado de ellos, muchos otros han contribuido a la tarea común de alimentar aquel fuego que ilumina y calienta por más de cuatrocientos años.

1. Los siglos XVI y XVII

Padre del humanismo potosino es el humilde y heroico lego franciscano Fray Diego de la Magdalena (1510-1605) que, llevando a cabo la pacificación de esta tierra, hizo por sí solo lo que en sesenta años (1531-1591) no pudieron las armas.

Primer educador de San Luis Potosí, estableció una escuela para instruir a los niños indígenas; una antigua tradición todavía señala el mezquite a cuya sombra enseñaba a los nativos. Entre los primeros evangelizadores que llegaron a San Luis en pleno siglo XVI, hay que recordar el nombre venerable de Fray Juan de Ayala, doctor parisiense en Sagrados Cánones que vivió en el convento franciscano de esta ciudad a raíz de su fundación y compuso "Opus Canonicum Morale", donde es verosímil que trató las cuestiones a la sazón debatidas sobre la conversión y gobierno de los indios.

Abre el siglo XVII, la figura entrañable de Fray Diego Basalenque, de la Sagrada Orden de San Agustín de cuyo convento en esta ciudad fue prior, humanista más en acciones que en libros, aunque fue hombre de muchas letras humanas y divinas, fundador de la primera enseñanza de Gramática "para los niños del pueblo, que no había", de cuya escuela saldrían, años después, varones muy floridos en religión y letras, lectores de Arte y Teología, o celebrados predicadores. En el convento potosino existió el manuscrito de su *Historia de la Provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán*, publicada en 1673, y, según Beristáin, en la librería de Valladolid se hallaba *Philosophia ad usum Scholae, Theologiae Scholasticae, Tractatus varii* y otras obras más.

Emulo del gran jesuita español de igual nombre y sobrino suyo, autor de varias obras teológicas y morales y predicador muy aplaudido en la Casa Profesa de México, el P. Luis de Molina fundó el Colegio potosino de la Compañía de Jesús, que durante 143 años daría frutos copiosos. En España fue maestro de Humanidades y Retórica en la ciudad de Plasencia y en México fue profesor de Artes. Beristáin vio en la Biblioteca de la Universidad de México una obra de Molina, titulada *Espejo de Prelados*, a la que juzga "de gran política y doctrina".

Fray Juan de Herrera, mercedario, tuvo la gloria de construir el primitivo

convento de su Orden en esta Ciudad. Mereció que sus contemporáneos lo llamasen "Herrera el sabio", así por la profundidad de sus escritos como por los aventajados discípulos que formó.

Estos cinco varones son los patriarcas del humanismo en tierras potosinas, menos por su cultura que fue vasta, o por sus escritos, de que algunos no carecen, cuanto por su ejemplo y su acometedora actividad, por los espíritus que engendraron a la cultura en ese humanismo vital que fue siempre el sello de aquellos hombres egregios que en diversos lugares de la patria llegaron sembrando, con el bien, la verdad y la hermosura.

Entre los jesuitas que enseñaron en su Colegio de San Luis Potosí, en el siglo XVII, sobresalen por los escritos que dejaron: el P. Mateo Galindo, maestro y rector del Colegio (1666-69), murió en San Luis, imprimió en México una Gramática Latina; Juan Contreras, profesor de Retórica, murió en San Luis, dejó un manuscrito sobre tema navideño; el fervoroso misionero Juan Cerón, llamado "pico de oro" que, entre varios tratados compuso uno "De virtutibus theologicis". Nació en Tegucigalpa, se educó en Tepozotlán y, ya jesuita, ejerció su ministerio en el Colegio Potosino, murió en San Luis en 1705. Juan de Dios Rivera, vicerrector del Colegio, murió en San Luis en 1718; dejó un manuscrito titulado "Certamen poético en celebridad del nacimiento del Niño Jesús bajo la metáfora de fuego", de 1669.

"Muy exigua debe parecer esta cosecha de un siglo, escribe Primo Feliciano Velázquez. Puede añadirse que de los 3,678 artículos que la Biblioteca de Beristáin contiene, la cual como se sabe, abraza todo el período de la dominación española, no pasan de veinte los relativos a los potosinos de origen".

Muy escasos fueron los libros que por aquel entonces se publicaban, como que los gastos de impresión corrían por cuenta de los fondos conventuales o de algún devoto del autor. Muchos más se quedaron para siempre inéditos en las bibliotecas de los conventos. "La verdad es que en su gran mayoría aquellos hombres, teniendo ocupadas las manos, dejaron ociosa la pluma".

Habría que añadir a las causas indicadas por Primo Feliciano Velázquez, la desaparición de las bibliotecas conventuales en tiempos de la Reforma.

Tanto en la ciudad capital como en varios pueblos del estado, no había convento sin biblioteca donde se guardaban libros y manuscritos valiosos. La mejor de todas ellas fue la de los franciscanos que llegaron al valle potosino antes de los conquistadores por 1583, y fundaron en todo el estado 60 conventos; bibliotecas tuvieron también los agustinos que llegaron al poco tiempo de establecida la ciudad, los Hermanos Juaninos venidos en 1611, los Jesuitas en 1623, los Mercedarios en 1628 y los Carmelitas en 1735. Nada o casi nada queda de sus bibliotecas, como no sean algunos cuantos libros y un escaso número de manuscritos, descubiertos y catalogados por el Lic. Rafael Montejano y Aguiñaga.

“Es característica que entre los manuscritos que descubrimos, no hayamos encontrado uno solo de historia, de literatura y de las demás disciplinas fuera de la filosofía y teología. Es que éstos o por estar en latín o por el menosprecio de que los hizo objeto el positivismo criollo, no fueron tan codiciados por los inescrupulosos buscones de tesoros bibliográficos”.

2. El Siglo XVIII

El siglo XVIII fue más fecundo. El franciscano Fray José Victorino enriquece la filología indígena con un “arte y vocabulario completo de la lengua Tarahumara”; otros franciscanos, potosinos también, Fray Miguel Díaz y Fray Antonio Ruiz hacen florecer los estudios teológicos con escritos que confirman al primero el título de Escoto de la Nueva España.

Díaz, que fue colegial en San Buenaventura Tlaltelolco y lector jubilado y definidor de la provincia de Zacatecas, escribió *Expositio libri tertii Magistri Sententiarum*, manuscrito que el cronista Arlegui vio listo para imprimirse.

Fray José Arlegui fue nombrado cronista de su Orden franciscana en el Capítulo intermedio que se celebró en el Convento de Santa María del Río el 6 de noviembre de 1734, y con tal carácter examinó los archivos de la Provincia zacatecana, recogió documentos y noticias para su *Crónica* que terminó de escribir en el convento de Tlaxcaltilla, ex-tramuros de esta Ciudad de San Luis Potosí el 10. de agosto de 1735, y que sería publicada dos años después. Por su excepcional valor histórico, por la abundancia y el interés de las noticias, y aún por la vitalidad de su estilo “briosamente manejado”, esta *Crónica* de Arlegui es “un monumento de inestimable valor y fundamental para el estudio de gran parte de la historia colonial de San Luis Potosí” (Alcorta, Pedraza), “la obra más fina y preciada de una literatura dos veces secular” (P. F. Velázquez).

Del también franciscano Francisco Calvo Durán, que fue “Moderador y profesor público” en su convento de esta ciudad, hacia finales del Setecientos, la Biblioteca de la Universidad Potosina conserva un volumen que contiene obras suyas sobre filosofía, teología y derecho canónico, escrito naturalmente en latín.

Entre los mercedarios, Fray Juan Salazar y el Ilmo. José Vital de Moctezuma que fue Obispo de Chiapas después de ser párroco de San Luis Potosí —aunque no es potosino de cuna—, figuran como hombres eminentes en ciencia y literatura.

En cuanto a los jesuitas de este siglo, hay que recordar a Feliciano Pimentel Pimental (1661-1773), potosino de cuna que en 1676 vistió la sotana de la Compañía en Tepozotlán. Enseñó filosofía en Guadalajara, donde dejó mu-

chos monumentos de su piedad y celo, y murió en medio del duelo general. Escribió dos obras: *Elogio fúnebre del ilustre caballero y capitán don Ginés Gómez Valdés* (Impreso en México por Lupercio, 1724); y *Aparato fúnebre para las solemnes Exequias, Inscripciones y Poesías Latinas y Castellanas para el Túmulo y Elogio Fúnebre del Sr. D. Juan José Veitia y Linage, de la Orden de Santiago* (Impreso en Puebla, 1723).

La expulsión de la Compañía de Jesús comprende a los potosinos, el P. Francisco Xavier Molina y el P. Diego de la Fuente.

Francisco Xavier Molina, nació en San Luis Potosí en 1708 y en el de 1726 vistió la ropa de jesuita en la provincia de México. Enseñó en varios colegios la latinidad, retórica y filosófica, y en el de Guatemala la teología; fue allí prefecto de la congregación de la Anunciata. Murió expatriado en Europa después del año de 1767.

Escribió: *El Rey de las luces y la luz de los Reyes: Elogios latinos y castellanos del animoso Rey de las Españas Felipe V*, impreso en México por Hoggal, 1748; y *El llanto de los ojos de los jesuitas de Guatemala en la muerte de su luz, el Ilmo. Sr. D. Francisco Giguere de Victoria, Obispo de Popayan y Arzobispo de Guatemala; Descripción de su funeral, honras, etc.*, impreso en Puebla, en la imprenta del Colegio de San Ignacio, 1766.

El nombre de Andrés Diego de la Fuente (1695-1783) primer poeta potosino, ha de incorporarse al núcleo de los grandes humanistas de nuestro siglo XVIII. Se le desconoce aún porque su obra no ha vuelto a imprimirse ni a estudiarse desde su siglo, y por las tergiversaciones de varios historiadores que lo han confundido con otro jesuita contemporáneo, casi su homónimo, el P. Andrés Fuente o Andrés Prudencio Fuente, nacido en la Ciudad de Guanajuato.

Del humanista potosino, conocemos un soneto castellano, dos breves epigramas latinos en homenaje al bibliógrafo don Juan José Eguiara y Eguren y su obra capital, que es un poema latino consagrado a narrar las Apariciones de la Virgen de Guadalupe, publicado en el destierro, en Plasencia, año de 1773.

Se trata de un poema de más de mil versos, de fácil estilo y segura métrica, que esperamos publicar muy pronto en edición bilingüe.

Otro de los grandes humanistas del XVIII, y perito en ciencias naturales, que se relaciona con San Luis Potosí, es el también jesuita Rafael Campoy, que vivió un tiempo entre nosotros. Aquí pronunció su “Oración Fúnebre por Felipe V” en elegante latín, con motivo de los funerales que la Ciudad celebró en 1749. Tampoco podemos olvidar al Padre Juan José Arriola, celebrado poeta, que fue catedrático del Colegio de la Compañía y su prefecto de 1747 a 1754.

El clero diocesano se honra con dos escritores ilustres: don Andrés Maldo-

nado Zapata, descendiente de los Condes de Lemus, y don Manuel María de Gorriño y Arduengo.

El Pbro. Dr. don Manuel María de Gorriño y Arduengo (1767-1826), después de brillantes estudios iniciados en su tierra natal y continuados en el Colegio de San Francisco de Sales de San Miguel el Grande, en el Colegio de Todos Santos de México del que llegó a ser Rector por dos veces, en el Colegio de San Ildefonso de México y en la Universidad de Guadalajara donde obtuvo la borla de doctor en Teología, regresó a San Luis Potosí para incorporarse activamente a la vida política y cultural.

Hombre de amplios conocimientos, de ingenio vivaz, apasionado de la cultura, hábil en lenguas extranjeras y habilísimo en la latina, familiarizado con los buenos autores de su tiempo, orador elegante y ponderado, el Dr. Gorriño cultivó en sus escritos principalmente la filosofía. Entre ellos *El Hombre Tranquilo*, inédito aún, que está pidiendo un estudio desde hace tiempo; sus desconocidas *Vidas de Jesuitas Americanos*, vertidas del latín; posiblemente se trate de la versión de las egregias biográficas que Manuel Fabri dedicó a sus hermanos Diego José Abad y Francisco Xavier Alegre, o quizá se refiera al libro de Juan Luis Maneiro *Vida de algunos mexicanos*. Obras suyas son también el *Ensayo de una constitución Política de la Luisiana Potosinense*, *Oración Eucarística*, la Oración inaugural en la apertura del Colegio Guadalupeño Josefino, *Reflexiones sobre la incredulidad y Filosofía de la fe católica*.

3. El Colegio y el Seminario Guadalupeño Josefino

El Lic. José Ildefonso Díaz de León, primer gobernador del Estado al establecerse la República después del Imperio de Iturbide, gran protector de la instrucción pública, fundó en 1825 el Colegio Guadalupeño Josefino. Este Colegio ilustre dio origen en 1855 al Seminario Conciliar y en 1860 al Instituto Científico y Literario, que hoy es la Universidad Autónoma.

El Colegio Guadalupeño Josefino nació con claro sello humanístico. Así lo garantizaban sus constituciones apegadas a las del Colegio de San Ildefonso de México y la voluntad del Dr. Gorrigo que en el discurso inaugural así lo anunciaba al proclamar la importancia del estudio del latín, cuyo primer catedrático fue el Pbro. Francisco de los Santos González.

Ya en 1842, la formación humanista del Colegio rendía sus frutos. Uno de los más jóvenes alumnos, José María Guajardo —futuro Canónigo de la Catedral, Rector del Seminario y por sus dotes oratorias llamado “el Bossuet, potosino”— pronunció una oración latina que, a juicio del cronista, “mereció el aplauso de los inteligentes, ya por su dirección, ya por su elocuencia, ya

en fin por los sublimes pensamientos que contiene, digno de todos los tiempos romanos”.

En 1853, existían dos cursos de latín; el Pbro. Antonio Mascorro desempeñaba la cátedra del primero y don Mariano Villalobos la del segundo.

Al erigirse la nueva Diócesis de San Luis Potosí, su primer Obispo el Ilmo. Sr. Dr. Pedro Barajas, estableció el Seminario Conciliar, cuyo plan de estudios nació del Seminario de Guadalajara y del que había elaborado don Clemente de Jesús Munguía para el Seminario de Michoacán.

El día de la inauguración, el 11 de agosto de 1855, el Pbro. Nemesio Cabañas, catedrático de Filosofía y Vicerrector del Nuevo Seminario, pronunció la oración latina, llamada “Initium”, “desempeñando este cargo satisfactoriamente”.

En el primer claustro de profesores del Seminario, aparece el Pbro. José María Guajardo como catedrático de elocuencia y griego, y el Pbro. Modesto Santa Cruz, de quien en seguida nos ocuparemos, como catedrático de retórica y literatura.

La enseñanza del latín se dividió en dos grupos, uno para los mínimos y menores, otros para los medianos y mayores. Para todos los alumnos se adoptó la gramática latina de Araujo y para el segundo curso, el propio maestro Santa Cruz preparó los ejercicios de versión latina en su libro *Tentamina Poética*.

Aun cuando el naciente Seminario tuvo que diseminarse por injusta persecución y vulgares atropellos, el Padre Santa Cruz y el amable “Padre Lucito” —Fray José de la Luz Rodríguez, franciscano exclaustro, y consumado latinista de quien Ambrosio Ramírez escribe que “sabía latín a la perfección y yo no tengo motivos para dudarlo” facilitaron su casa para continuar enseñando Latín y retórica a sus alumnos.

En 1860, se adopta la Gramática Latina de Nebrija sin suprimir la de Araujo; y además del latín, el griego y el hebreo se imponen obligatoriamente “para los cursantes de Teología”. Durante el breve período que rigió a la Diócesis el Ilmo. Lic. don Manuel del Conde, de 1869 a 1872, los estudios humanísticos del Seminario continuaron la misma línea trazada por su antecesor.

Bajo el pontificado del tercer Obispo potosino, el Lic. Nicanor Corona (1873-1883), la lengua latina se estudió en dos cursos. En 1874, fue profesor de primer año el Bachiller Pedro de María Segura y de segundo año el Bachiller José de Jesús Jiménez. En 1876, aparecen como profesores, en primer año, el subdiácono Pedro de María Segura y en segundo año el Bachiller Antonio Gutiérrez.

Desde 1877 hasta 1883, se reparten elegantes pliegos con solemnes dedicatorias latinas para invitar a la sociedad potosina a los Certámenes Públicos de fin de año.

En 1880, el señor Corona concibe un vasto plan para acrecentar el clero

indígena; para lo cual funda seminarios auxiliares en diversas poblaciones de su Diócesis. En el Seminario de Tancanhuitz, "Noyola" inaugura las clases de latín; en Santa María del Río, el minorista Anastasio Miranda; en Atotonilcô, los hermanos Ireneo y Andrés Mata. Otro tanto sucedió en Tierranueva y Atotonilco, Moctezuma y Ciudad del Maíz.

Los estudios de humanidades en los nueve años en que regentó su Diócesis, continuaron al mismo ritmo y programa que venía desde el señor Barajas, si bien se ampliaron en extensión geográfica gracias a los colegios auxiliares. Desde entonces, esos pueblos no han vuelto a tener cátedras de latín, griego y letras superiores.

Reconocidos maestros de latinidad surgen por estos años, como Fray Juan C. Rodríguez, el Pbro. Wenceslao Martínez, el Lic. José de Jesús Jiménez, el Canónigo Anastasio Escalante, Rector del Seminario de 1878 a 1884, el Canónigo Luis Arias y, un poco más atrás, los también Canónigos Guajardo y Saldaña.

El Ilmo. Dr. don Ignacio Montes de Oca y Obregón tomó posesión de su obispado el 14 de febrero de 1885.

Su sola prestigiada presencia significaba un acrecentamiento de la cultura general de su Seminario y especialmente en la tarea humanista.

Así lo prueba el hecho de haber traído a los jesuitas para que se encargaran de la dirección espiritual e intelectual de sus seminaristas, quienes adoptaron en seguida el antiguo plan de estudios del Seminario de acuerdo con la célebre "Ratio Studiorum", centenaria norma de los colegios y universidades de la Compañía de Jesús, de honda y vigorosa raíz humanista.

Profesores distinguidos venidos de España e Italia para unirse a sus hermanos mexicanos, los jesuitas integraron un claustro de maestros dignos del mejor Seminario.

Se aumentó un año más de Humanidades, en lugar de los dos tradicionales, con lo que se impulsó el estudio del latín y del griego, conforme los métodos pedagógicos ponían al alumno en contacto directo y vivo con los clásicos de la antigüedad. Se implantó como obligatorio el uso del latín para maestros y discípulos en las clases del teólogo.

Muy pronto el señor Montes de Oca podía ufanarse del éxito, cuando elogiaba el "correcto latín" o la "fácil latinidad" con que los más aventajados alumnos hablaban y escribían.

Cuando los jesuitas dejaron el Seminario en 1894, vinieron los Padres Paúles quienes, en los nueve años que permanecieron al frente, continuaron con el programa de humanidades tal como lo habían dejado los jesuitas, si bien no lograron los frutos brillantes de antaño.

En los años posteriores, en que el clero diocesano volvió a regentar su Seminario, habrá que recordar, entre otros, al Pbro. Juvenal de la Higuera, ca-

tedrático de griego y hebreo hasta 1914, al Pbro. don Manuel Campos, profesor de Sintaxis y Poética, o al Pbro. José Bustamante, que durante largos años enseñó Gramática Latina y Griega, Retórica y Poética.

Una crónica de *El Estandarte* (26 de julio, 1904) nos narra el banquete con que el señor Obispo Montes de Oca agasajó al señor Domingo Serafini, Delegado Apostólico en México que en su visita a San Luis Potosí bendijo el refectorio próximo a terminarse, del Seminario Conciliar, el 24 de julio de 1904. "A la hora conveniente se presentaron en el Salón dos colegiales vestidos de pastorcitos con elegancia y buen gusto, y declamaron una Egloga de Virgilio. Estos fueron los alumnos don Manuel Herrera y Lasso y don Sixto Rocha. Virgilio, el dulce Virgilio, nos deleitó con su ternísima égloga que fue muy bien declamada y nos hizo saborear un dejo de la clásica antigüedad. Después el señor Diácono don José E. Bustamante, profesor de Sintaxis Latina y de Griego, recitó su "Carmen Graece" con mucha elegancia; el señor Pbro. don Baltasar Nieto, profesor de Primer año de Latín, su *Epigramma Latine*; el teólogo don Santos Vázquez su *Oda Italice*; por último, para coronar el banquete, y a la usanza de los antiguos monasterios se presentó el Pbro. José Guadalupe Castillo, prefecto del Seminario, expuso la solución de un caso de Moral en Latín sencillo y correcto".

El menú estaba impreso en hermosas tarjetas de cuatro planas en elegante latín, precedido de esta dedicatoria:

Viro spectatissimo / Dominico Seraphinio Spoletan. Praesuli / Sanctae Sedis in Nova Hispania Legato / peramplum hoc triclinium / fuis precibus, epulis sumptis, expletis gloriis / auspicanti / Antistes, Klerus, Ephebi gratulantur.

"El Obispo, Clero y Alumnos honran al muy distinguido señor Domingo Serafini, Obispo de Espoleto, Delegado de la Santa Sede en México, e inaugurador de este magnífico refectorio, una vez que se hayan elevado las preces rituales, terminado el banquete y concluída la alabanza".

El espléndido menú decía así:

"Elenchus Epularis. Pulmentum Iulianum, Pastilli Parthenopei, Pisciculi, crusta, volatili incocti. Pullus gallinaceus furno assus. Lactucae agrestes. Piso viridis. Cinarae. Phaseli. Cucurbitulae. Brassica Pompeiana. Olivae Hispalenses. Tumaculum Bononiense. Cappares amygdalae.

Dulciaria: uva Boetica, Piri, Ficus, Mala Persica.

Vinum: Ex Capreis, Nostras, Burdigalense, Ex Trinacris Insula, Effervescens ex asta, Pompeia. E Falerno. Lachryma Christi. Programa de la comida (menú): a) Condimento. Pastillas de Nápoles, pececillos, pasteles, aves cocidas, pollo asado al horno, becerro cebado. b) (Legumbres) lechugas silvestres, guisantes verdes, alcachofas, habichuelas, calabacitas, coles pompeyanas, aceitunas españolas, tomatito boloñense, almendras de Capri. c) Repostería:

uvas sevillanas, oeras, higos, manzanas de Persia. d) Vinos: Capri, Del país, Bordeaux, Siciliano, Champaña de Asta de Pompeña, Falerno, Lachryma Christi.

Parecerá alargar en demasía la crónica de una fiesta dentro de esta síntesis. Bien se lo merecía un menú en latín, tan raro como es el caso; y la ocasión de ver de cerca a aquel anfitrión renacentista, Montes de Oca, que así fue de magnífico aun en la humillación.

4. Varones del Siglo XIX

Durante este siglo, no únicamente el Colegio y el Seminario Guadalupano Josefino surgen como instituciones de clara estirpe humanista. También en el silencio de los conventos, los religiosos estudian y forman en las humanidades a sus propios alumnos. Profesores de latinidad de su convento franciscano lo fueron Fray José García de Arboleya, que fue provincial, y Fray Anselmo Gotor y Fray Ignacio María Nava.

Fray Félix Rosa Angel, Comendador del convento potosino de la Merced, fue fácil versificador en latín.

Detengámonos en cuatro varones memorables de este siglo: Mendizábal, Santa Cruz, Estrada y Nájera.

Luis de Mendizábal y Zubialdea nació en San Luis Potosí en 1785, aunque pasó la mayor parte de su vida lejos de la ciudad natal, especialmente en Puebla de los Angeles, donde pasó su madurez. Eclesiástico culto y virtuoso, fue Vice-Rector del Colegio de San Ildefonso de México y dos veces Rector del Colegio de San Pablo de Puebla. En 1816, ingresó a la Compañía de Jesús, pero la abandonó en 1821, cuando la Orden fue nuevamente expulsada. Su hermano Francisco fue jesuita.

Defensor es de la libertad de México, lo prueba su *Catecismo de la Independencia*, publicado en 1821, y sus *Fábulas políticas y militares* del mismo año, amparadas bajo el anagrama de Ludovico Lato-Monte, además de otros apólogos no recogidos en libro.

Aunque el valor literario de las fábulas es mediocre, no carecen de ingenio y donaire. No puede considerársele como humanista; pero de su afición por las letras clásicas nos dejó dos oraciones fúnebres latinas: una por la muerte de don Manuel González y Campillo, obispo de la Angelópolis, editada en 1814, y la otra a la muerte de Pío VII, pronunciada en la Catedral de Puebla, el 14 de diciembre de 1823. Suya también es la obrita *Méritos y ejercicios literarios*, publicada en Puebla en 1809.

Del Padre Modesto Santa Cruz, que inaugura en el Seminario las cátedras de Retórica y Latín, ignoramos el lugar de su nacimiento. Nació en 1787, mu-

rió en Venado, S.L.P. en 1877, donde pasó los últimos años de su prolongada vejez. En 1857 publicó el *Arte Poética de Horacio* seguida de ocho odas del mismo poeta, en su original latino y en la noble versión neo-clásica de Leandro Fernández de Moratín. Santa Cruz encabeza el libro con un breve prólogo de autodefensa y lo enriquece con algunas notas.

Se trata de una antología latina con fines didácticos, que expresa el fervor de Santa Cruz por el Príncipe de los líricos del Lacio, su buen gusto en la selección de las odas, su conocimiento de la métrica latina tal como lo demuestran las notas, su luminoso arte de enseñar a los clásicos mediante el trato personal y viviente, y aun su generoso corazón que brinda gratuitamente a sus alumnos este instrumento de enseñanza.

La mayor gloria de Santa Cruz es un breve poema latino de ciento diez versos escrito en 1850 y publicado veinticinco años después en 1875.

Bien puede considerarse como un juguete de la literatura latino-mexicana, este poema que el propio autor llamó *Breve descripción de una tarde de primavera en un pueblo de la República Mexicana*.

Es una hermosa postal eglógica de extremada finura en el dibujo y trémulo candor en el sentimiento, que refleja la hermosura y la paz de los campos.

Por su perfección formal y su gobierno de la métrica latina, por su acierto descriptivo y su cuño mexicano, por el equilibrio y elegancia del estilo, este poema deberá incluirse en la futura antología de la producción latina de México.

Gloria extrínseca comunican a este poema, sus traductores: Manuel José Othón lo vertió con el nombre de *Tarde campestre*, y Ambrosio Ramírez con el nombre de *Reinando primavera*. Ambas traducciones son del mismo año de 1893 y ambas se escancian en la misma ánfora de los tercetos italianos.

Francisco J. Estrada (1801-1885) ofrece diversas facetas; médico, impresor, bibliotecario, político. Fue padre del eminente físico del mismo nombre.

Estudió latín casi desde su infancia, primero con el franciscano Fray Cayetano Salazar, luego con el Pbro. Antonio Vázquez, con quien estudió de 1813 a 1816; de tal manera alcanzó un pleno dominio del latín, que se convirtió en ayudante del maestro.

Cuenta Muro que Estrada se presentó al examen de oposición a que convocó el Ayuntamiento para proveer la cátedra de latín que estaba vacante; y aunque los votos de los tres sinodales fueron a su favor no concedieron la cátedra porque "era muy joven".

En 1842 aparece como profesor de latín en el Colegio Guadalupano, cátedra que continuaría por largos años, hasta 1883, en el Instituto Científico Literario.

Oriundo de la Ciudad de México, el carmelita Fray Manuel de San Juan

Crisóstomo Nájera (1803-1853), dejó sentir su influencia en San Luis Potosí, de cuyo convento del Carmen fue prior, y donde residió de 1828 a 1831.

Contribuyó eficazmente en la fundación del Colegio Guadalupano Josefino. Conocedor de varios idiomas, fácil orador sagrado, fue el primero en enseñar taquigrafía en San Luis; maestro eficaz, aquí tradujo a varios autores latinos.

Desterrado en Filadelfia, ahí leyó en latín su disertación sobre la lengua otomí, vertida al español más tarde por él mismo. Tema tan de su predilección, que habría de madurar en su "Gramática de la lengua tarasca".

Dentro de este siglo XIX, recordaremos otras más breves muestras de trabajos latinos, como la oración fúnebre latina de Juan M. Camacho en los funerales de don Miguel Barragán, el año de 1836; y la poesía latina del padre Bernabé Saldaña en sus *Cármens dedicados a Ignacio Montes de Oca* en el aniversario de su consagración episcopal (El Estandarte, 19 de marzo de 1896).

Francisco de Asís Castro recuerda esta otra huella latina: "Una traducción del latín que en un pequeño volumen publicó el distinguido médico don Buenaventura Paz, y que llevaba el título de la Sobriedad; libro muy curioso, lleno de reglas higiénicas y doctrinas bien saludables". Se trata del libro *Arte de vivir con salud perfecta hasta edad avanzada*. Nueva traducción de los tratados de Lessius y de Córmaro sobre la vida sobria, por Buenaventura Paz. México, Tip. Literaria de Filomeno Mata, 1880". (Cfr. Ramón Alcorta Guerrero, *El Dr. D. Francisco de Asís Castro, precursor de la Bibliografía Potosina*. Cuadrante, San Luis Potosí, Año IV, núm. 1-4, 1956).

Por lo excepcional de la ocasión y la persona, mencionemos el "Discurso pronunciado por la señorita Mónica Tena, el día 30 de noviembre de 1882 al presentarse a examen de Latinidad ante el Jurado del Instituto Científico y Literario de esta capital" (San Luis Potosí, Tipografía El Eco de la Moda, 1882).

5. El Siglo XX

Tres son las fases de la personalidad literaria de aquel pastor de almas y de la Arcadía que fue el Ilmo. Señor Ignacio Montes de Oca y Obregón (1840-1921), Ipanandro Acaico entre los Arcades Romanos: el orador fecundo de severa elegancia, el poeta original de fácil versificación y fría inspiración, y el noble y grande intérprete de los clásicos griegos.

Nació en Guanajuato, fue obispo de Tamaulipas y Linares; pero San Luis Potosí fue su gloria y su corona, cuya sede episcopal rigió por espacio de treinta y seis años.

Educado en Inglaterra e Italia, desde su adolescencia muestra su predi-

lección por las humanidades, tal como puede verse en su ensayo juvenil *Preferencia que debe darse al estudio clásico en la educación* (La Cruz, México, 1855; y "Estilo", San Luis Potosí, Núm. 10, 1948).

"Hombre de sólida y severa educación clásica", afirma Menéndez Pelayo, Montes de Oca tradujo muy poco a los poetas latinos, no obstante que los conocía y los amaba, y hablaba un rotundo latín ciceroniano, como lo demuestra su tesón en aprender desde los ejercicios escolares de Oscott que habrían de rendir en la espléndida Oración fúnebre de los Obispos Hispanoamericanos en el Concilio Plenario de América Latina, pieza obligada en la futura antología de la prosa latina en México, y en el Votum, áureo, formulado por Montes de Oca en favor de la canonización de Santa Juana de Arco, Santa Margarita María Alacoque y San Gabriel de la Dolorosa, en presencia del Papa Benedicto XV y del Colegio Cardenalicio (Publicado en *Abside*, Méjico, año IV, No. 8, 1940, p. 35).

De la literatura latina, sólo vertió la elegía de Ovidio en la muerte de El papagayo de Corina (*Amorum*, lib. III, eleg. IV), y una corta anacreónica del jesuita napolitano Carlos de Aquino a Santa Catalina de Sena. Añadamos una débil Imitación de Horacio (Lib. 1, oda 7), escrita en pentasílabos asonantes "fácil y graciosamente contruidos" —enjuicia el Maestro—, y un pequeño poema, A Estacio, al leer su *Psittacus Melioris*. Tal es el breve catálogo de la inspiración latina de Montes de Oca.

En cambio, su afán se vierte hacia los griegos eternos, a quienes empieza a traducir a los dieciséis años. Aquí están, en demostración, estos cinco libros suyos: *Poetas bucólicos griegos* (México, 1877); *Obras de Píndaro* (1a. ed. en México en 1882; 2a. en Madrid en 1893); *El rapto de Elena* (Madrid, 1917); *La Argonáutica* (dos volúmenes en 1919 y 1921 respectivamente), y con anterioridad los *Ocios poéticos* (1a. ed. en México en 1878 y 2a. en Madrid en 1891), donde reúne versiones grecolatinas con poesías originales.

De los bucólicos griegos, Montes de Oca vertió veintiséis de los treinta idilios de Teócrito, fieles a conceptos e imágenes del original a pesar de inevitables paráfrasis que no evaporan, sino "conservan aquel perfume original que se pierde en versiones de segunda mano", como califica Miguel Antonio Caro, tanto más que, exigente consigo mismo, el traductor vertió aún por cuarta vez algunos idilios hasta lograr precisión y belleza.

Interpretó, además, nueve de los quince idilios atribuidos a Bión; los siete idilios de Mosco, el tercero de los grandes bucólicos griegos y, en bellos sonetos, diecisiete de las odas aladas y festivas de Anacreonte.

"Con asombrosa facilidad y rica vena", continúa Menéndez Pelayo, trasladó Montes de Oca, íntegros, los cantos triunfales o "epinicios" de Píndaro, que comprenden las catorce Odas Olímpicas, las doce Píticas, las once Nemeas y las ocho Istmicas. A pesar de ser poesía profunda y oscura, Ipanandro

Acaico pudo brindar la primera versión completa de Píndaro en castellano, con la idea hoy dichosamente más aceptada, de ensayar en español la reproducción de los metros del original.

Después de un largo silencio de casi veinte años, torna el traductor juvenil y recio en *El raptor de Elena*, poema griego de Coluto de Licópolis para concluir con *La Argonáutica* de Apolonio de Rodas, sueño y afán de largos años, centellante de versos admirables y "octavas enteras que parecen bloques de mármol".

En todas estas versiones hay variedad de ritmos, con predilección por las formas más estrechas y difíciles de la métrica castellana —octavas, tercetos, sonetos— y en alguna ocasión, en la Pítica IV, se introducen al gusto romántico, diversos metros en la misma pieza.

Menéndez Pelayo así resume certeramente el perfil de traductor de Inpandro: "Entre las pocas, poquísimas, buenas traducciones de poetas griegos que posee nuestra lengua, nadie negará a las de Montes de Oca uno de los primeros lugares".

Español por el nacimiento y la formación, potosino por el magisterio y el apostolado, el dominico Fray Guillermo García (1872-1910) contribuyó eficazmente al movimiento precursor del neoescolasticismo en México así por sus libros como por su cátedra de filosofía tomista en el Seminario Conciliar de San Luis Potosí. En 1902, el señor Obispo Montes de Oca lo trajo de España precisamente para esto.

Aquí en San Luis Potosí escribió sus libros: tres de tema piadoso; y dos de filosofía. Inspirado en los escritos del Ilmo. Sr. Portugal, otro ilustre propulsor del neoescolasticismo, publicó *El Seráfico Doctor San Buena Ventura* (1906), donde ensaya una concordancia entre Santo Tomás de Aquino y el Doctor Franciscano.

Su obra capital, cuya segunda edición aumentada forma un grueso volumen de 447 páginas, se llama *Tomismo y Neotomismo* (primera edición 1903, segunda edición, 1905). El libro, como el título, consta de dos partes. En la primera, ofrece una síntesis histórica ordenada y clara del pensamiento filosófico en que surgió Santo Tomás, y el propio pensamiento del Doctor Angélico. Son especialmente originales los capítulos consagrados a defender el método y el estilo de la Escolástica.

La segunda parte, mucho más breve, pero más importante que la primera, estudia el aspecto histórico y doctrinal del neotomismo. Junto a los nombres de Sollano y Abarca, Portugal y Valverde, precursores del actual retorno a la Escolástica y a Santo Tomás de Aquino, habrá que colocar la obra de Fray Guillermo García, quienes "lograron ligarnos, son palabras de Oswaldo Robles, a un pasado glorioso que tiene sus raíces cuatro veces centenarias en las cátedras de San Esteban de Salamanca".

El licenciado José de Jesús Jiménez (1851-1919), nacido en Guadalajara, vivió en San Luis Potosí desde los 16 años hasta su muerte.

Alumno del Seminario y del Instituto Científico y Literario donde se graduó de abogado, fue profesor de latín en ambas instituciones, en el Seminario desde 1869 y en el Instituto desde 1879 hasta 1897 sin ninguna interrupción.

Fruto de su magisterio perseverante y diuturno, imprimió cinco libros de texto: *Reglas para la construcción de las oraciones latinas, extractadas de los mejores gramáticos* que tuvo dos ediciones (la primera de 1881), *Lecciones de gramática general* de 1884, *Catecismo de retórica y poética* de 1885, *Compendio de Literatura Preceptiva* de 1905 y *Compendio de Lógica* de 1906.

La poesía de Manuel José Othón (1858-1906) aparece "en el no siempre equilibrado paisaje de la poesía moderna de México" como "la más alta nota clásica de poesía pura". Una poesía, según su propia confesión, labrada

*"Con miel de los helénicos panales
y en la sangrienta flor del cristianismo".*

Los seis años que pasó de estudiante en el Seminario Conciliar (1869-1876) le dejaron una herencia decisiva, su formación humanística y su amor a los clásicos, especialmente por "mi muy amado Virgilio", tal como él lo reconoce en su prosa "27 de abril".

"Fundamentalmente clásico es Othón, afirma Gabriel Méndez Plancarte, no sólo por su amor a la bruñida sobriedad de los metros tradicionales españoles, sino por las hondas resonancias que en su alma encontraron algunos de los viejos cantares del Lacio", y por su concepción equilibrada y aristocrática del arte.

"Sin ser el acabado latinista que algunos quieren, conocía sus clásicos latinos, y profesábales a todos una admiración sin límites; pero sobre todo a Virgilio" —palabras de Alfonso Reyes— cuyas obras "leía constantemente", según el testimonio de José López Portillo y Rojas.

De Virgilio, en verdad, bien lo expresó el propio Reyes, tiene nuestro poeta "la afición del campo, el don de lágrimas y el profundo clamor humano que resuella bajo el campanilleo de los versos".

De Virgilio es el bello epígrafe de Poemas Rústicos (Eccl. IX); "el haya de Títilo florida" (Eccl. I), bajo la cual deseaba reposar el poeta ("Martinal"); y la bucólica flauta que heredó de Teócrito, el "griego cantor de Dafnis" ("La musa"). En su cuento "El Pastor Corydon", recuerda versos de la Egloga II.

En cuanto a las huellas de Horacio en Othón, mucho menos profundas que las de Virgilio, ya fueron sabiamente precisadas por el doctor Gabriel

Méndez Plancart en su *Horacio en México*, si bien podríamos añadir algún detalle más.

"Simple mención ocasional, no influencia horaciana", encuéntrase en aquella quintanésca "Oda a la Juventud", en que el joven poeta recién salido del Seminario, "sacaba a relucir toda su erudición clásica":

*Ved a Séneca, a Horacio y a Virgilio
ser más grandes que Lépedo y que Bruto.*

El "aere perennius" de la Oda XXX del Libro III brilla fugazmente en su medianísimo soneto "Al Señor General Díaz". Por el título y el tema, no por el estilo, pueden considerarse horacianos los sonetos del bello tríptico campestre "Procul negotiis" que, "mucho más que a Horacio, recuerda a Virgilio: al de las Geórgicas, por la amorosa y sabia precisión con que describe las faenas agrícolas, y al de las Bucólicas por la evocación antes mencionada de la Egloga I".

"Más directamente horaciano, aunque tampoco lo es mucho, el soneto A un traductor de Horacio, brillante, pero superficial".

En la carta que Othón dirigió a Juan B. Delgado comentando la aparición de "Lascaas", subraya certeramente la "influencia caliente y vibrante de Horacio" en Salvador Díaz Mirón, "para bien de nosotros y regocijo de las letras americanas" (Lerdo, 26 de octubre de 1901).

Recojamos algunas otras huellas menores del latín y sus clásicos tanto en el Léxico latinizante y culto como en las alusiones mitológicas de su obra capital, *Poemas Rústicos*.

En cuanto a los títulos, once poesías —casi la mitad de las que integran el libro —llevan un nombre latino: Surgito, Pulcherrima Dea, Meridies, Noctifer, Angelus Domini, Frons in mare, Intempesta Nox, Lumen, In terra pax, Procul negotiis, Rosa Mystica, a los que habrá que añadir el soneto "A un traductor de Horacio". Othón es uno de los poetas mexicanos que, con más alto porcentaje, tituló sus poemas en latín.

En cuanto a los epígrafos, enumeramos desde luego los versos de Virgilio, en su Egloga IX, que inauguran el poemario; y el epígrafo "O ubi campi" del poema "Nostálgica".

Respecto al léxico, Othón emplea viejas voces de colmado sabor latino, que un día sorprendieran por "cultas" e inauditas, y que hoy deambulan pacíficamente populares: acre, cerúleo, rústica, undoso, hórrido, almo, trémulo, avena, canicular, ígneo, fragor, etéreo, occiduo, ileso, exultar, ingente, cálido, parvo, gélido.

También se vale de palabras latinizantes mucho menos usadas, como ignífera, criniforme, vemales, espelunca, ignipotentemente, tímido, nauta, húmida,

furente, unísona, terrífico, tonante, aligera, caterva, melificada, flavo, bruno, diurnal, etc.

El hipérbaton de Othón es generalmente el hipérbaton normal de la poesía no buscado de propósito como sistema, ni con un fin estético, ni tampoco como sello de arcanidad. Pero como desenvuelve el poema en amplias estructuras, es natural que incida el hipérbaton a cada paso, a veces dilatado hasta en siete versos como en la quinta parte de la portentosa Pastoral, así sea siempre accesible a la primera lectura.

Las alusiones mitológicas asoman en varias ocasiones como muestra de la altura humanística de Othón; "pero sólo para resumir alguna idea poética en fórmula precisa, no para adornarse con ella, sino para explicarse con ella".

Únicamente convoca a los dioses, mayores o menores, cuando su símbolo se relaciona con una idea de perfección y de hermosura; en su olimpo poético no hay lugar para lo innoble y defectuoso. Fuera de las divinidades no alude ni una vez al mundo infernal grecolatino, ni a las creencias populares, o a las varias leyendas, o a los héroes famosos. El Olimpo "extático" de Othón está presidido por la más bella diosa "Pulcherrima Dea", Venus, que concentra el recuerdo del paisaje del amor, arquetipo de toda perfección, estrella rútila y nostálgica; Venus brilla en aquel soneto entero y en otras alusiones más (en "Surgite", "Noctifer", "Invitación al poeta", "Intermezzo", "Adiós al poeta").

Pan es su dios predilecto, protector de los ganados, enamorado de la danza, músico y soñador, símbolo cósmico del gran todo. Lo recuerda en diez ocasiones ("Pulcherrima dea", "A un traductor de Horacio", "La selva", "Los fuegos fatuos", "Epitalamio", "Orillas del Papaloapan").

Ahí, también, el palacio de marfil de Apolo ("Pulcherrima dea"); la sangre y el alma de Afrodita ("A un traductor de Horacio" y "Epitalamio"); "Favonio rendido a Flora ingrata" ("El ruiñeñor"); Ceres que vierte la lluvia de sus dones ("In terra pax"); el almo trinar de Filomena ("La musa"); las musas inspiradoras ("Invocación" y "La musa"), entre quienes recuerda especialmente a Erato, la musa del amor (en "Los poetas" y "Epitalamio"); la expresión sencilla de las Gracias ("Pulcherrima Dea"); el tropel de los Faunos y Driadas ("La selva"); las rientes Náyades de "El Río" y los soplantes Cíclopes ("Angelus Domini"); o los bondadosos genios tutelares ("La selva").

Habrà que añadir el recuerdo a la fuente Castalia y la mirada ardiente de Gliceris, la doncella que Pausias pintó antes con su corazón que con sus manos ("A un traductor de Horacio").

Estas alusiones van fluyendo, con dosificada prudencia, pero se agolpan y multiplican en los dos sonetos que quizá, por ello, el Poeta tituló "Sonetos paganos".

La figura del licenciado Ambrosio Ramírez (1856-1913) aparece ante el escritor Rodolfo D. Ruiz como "un busto romano o estatua griega, propia para tallarse en mármol negro vetado de obsidiana".

Es el príncipe de nuestros humanistas. Hijo del Seminario Conciliar y del Instituto Científico y Literario, a estas dos instituciones dedicó gran parte de sus afanes como maestro de latín y literatura.

Alternó su vida entre la cátedra, la judicatura y la burocracia. Fundó en Matehuala el Colegio del Sagrado Corazón para varones y en la Capital del Estado el "Ateneo Manuel José Othón", de donde surgieron a las letras varios nombres. Fue miembro correspondiente de la Academia de la Lengua y amigo de los mejores escritores de su tiempo.

Pero su verdadera vocación apasionada fue el culto de las letras latinas.

Tradujo a verso castellano toda la obra de Horacio, aunque se desconocen algunas de sus versiones. Sólo Pagaza aventaja a Ramírez en cuanto al número de composiciones traducidas de Horacio. Y es el único mexicano que ha interpretado íntegramente la Carta a los Pisones.

La traducción es siempre cristalina. No por ceñirse a la palabra y a la concisión de Horacio, oscurece y retuerce. Prefiere el giro ancho, la ampliación, el circunloquio clarificador con tal de evitar la oscuridad. A ser breve, prefiere ser claro.

Emplea rica variedad de combinaciones métricas y estróficas, por lo que en esto aventaja a la versión de Pagaza. Pero indudablemente que nadie arrebató a Clearco Moenio su cetro como rey de los traductores mexicanos de Horacio.

No se limitó Ambrosio Ramírez a traducir al Venusino, sino que, por conocerlo y gustarlo hasta la médula, le consagró varios estudios históricos y críticos, inéditos aún, que fulgen así por lo minucioso como por lo profundo.

De esta manera estudió la Oda I del Libro I, las odas 9 y 12 del libro III; las odas 1 y 3 del Libro XV; el Epodo II; dos estudios sobre la Epístola a los Pisones y el poema "Glicere" de Manuel M. Flores. No pudo ir más adelante en su propósito; pues en estos estudios va examinando el original horaciano y diversas traducciones de españoles y mexicanos casi verso a verso, mediante el análisis del estilo, las referencias históricas y mitológicas y cuanto pueda iluminar el texto.

Lo que nos indica el aliento de la obra comenzada y la honda y vital penetración horaciana del potosino.

Dejó igualmente inéditos unos "Apuntes para la vida de Horacio", "Datos sobre el Tibur" y una incompleta "Colección de Odas de Horacio traducidas por ingenios españoles, mexicanos y sudamericanos" de 1911.

Adelantándose más de treinta años al trabajo del Dr. Gabriel Méndez Plan-

carte, con quien coincide en propósitos y nombre, proyectó, y realizó en parte, un estudio sobre *Horacio en México*.

De sus versiones de Virgilio, nos han quedado manuscritas la Egloga I, casi completa, y los 32 versos iniciales de la Eneida; pero indudablemente debió traducir otras composiciones. De Virgilio estudió a fondo diversas traducciones y estudio, como lo había hecho con Horacio.

Del latín tradujo el poema descriptivo de Modesto Santa Cruz, al que ya hemos aludido (*El Estandarte*, 12 y 19 de febrero 1893), tres dísticos latinos de J. M. Gutiérrez Rosas (*El Estandarte*, 12 de diciembre de 1893) y parte de las *Breves nociones de Estética* del jesuita Domingo Alanís, que empezó a editar. De entre sus ensayos consagrados a temas humanísticos hay que recordar su estudio sobre las versiones de Horacio y Virgilio realizadas por Pagaza (*E. E.* 10. de enero de 1894); el Ensayo Crítico sobre el "Virgilio" de Pagaza (*E. E.* 10. 3, 5, 6 y 7 de noviembre de 1907); y sus trabajos "Sobre la pronunciación del latín" (*E. E.* 20 de julio de 1904 y 10 de enero de 1905) y "Sobre el estudio del latín" (*E. E.* 9 de agosto de 1907).

Al margen de esta labor que compromete una vida, todavía encontró tiempo don Ambrosio para escribir diversos estudios críticos, discursos, prosas, versiones del francés, poesía original, numerosas y frecuentes cartas, y aún se habló de novelas y fábulas.

Maravilla de veras que aquel hombre, en la quietud insular de su provincia, y en los "desdichados tiempos de positivismo desalmado", como él mismo escribe, en que se miraban con desdén los estudios clásicos, haya podido formar una biblioteca especializada de cuestiones latinas, llena de libros y datos selectos, y se haya consagrado de por vida al Príncipe de la lírica romana.

Abogado ilustre, catedrático por vocación, periodista ejemplar primero en *La Voz de San Luis* y luego en *El Estandarte* (1885-1915) fundados y dirigidos por él mismo, historiador por excelencia de San Luis Potosí, Académico de la lengua y miembro de las principales asociaciones culturales de su tiempo, don Primo Feliciano Velázquez (1860-1953) es uno de nuestros grandes humanistas y lo es con tal plenitud, que supo hermanar la cultura occidental con la prehispánica. Se ocupó de Homero y de Cervantes, tradujo por igual el latín y el nahuatl.

Aprendió latín desde su infancia con el Pbro. Anastasio Escalante, párroco de su tierra natal, Santa María del Río. Luego lo perfeccionó en el Seminario bajo la sabia dirección del Lic. José de Jesús Jiménez donde realizó todos sus estudios hasta graduarse de abogado. Por varios años fue profesor de latín en el propio Seminario.

"Algunos meses después de haber recibido la licenciatura, y acaso para descansar de las rudas fatigas del estudio —escribe su amigo el Lic. Ambrosio

Ramírez—, dedicóse Primo a traducir en versos castellanos a Virgilio y a Horacio. Del primero trasladó a octavas reales todo el libro primero de la Eneida, trabajo de primor que conocí, y que mucho me puede ahora no haber librado de extravió, acaso irremediable por la ocupación diversa a que luego se dedicó su autor, como libré las traducciones que trabajó de las odas del poeta de Venusa”.

Así es como hay estas versiones de Horacio que nos tocó en suerte publicar por primera vez (Estilo, S.L.P., abril-junio 1951). Las odas traducidas, son las siguientes: Libro I, Oda 1, 3, 12, 14, 21 y 24. Libro II, Oda 14, Libro III, odas 4 y 30. Libro IV, oda 2, sólo la primera estrofa. Y el Epodo II.

“Me consta que Velázquez —continúa Ambrosio Ramírez— lo mismo en la traducción del primer libro de la Eneida, como en la de las odas de Horacio, no consultó otras versiones ni comentadores; antes bien huía de ellos como de cosa perjudicial a su intento de llegar a poseer la hermosa lengua latina”.

Estas versiones, realizadas por Don Primo cuando frisaba en los veintinueve años, son mucho más que simples ejercicios escolares, pues demuestran así su conocimiento del alma horaciana, como su facilidad de versificación. No se salva de la paráfrasis, que ha sido frecuente obstáculo en los traductores de Horacio; y numerosos matices del original se echan de menos en la versión.

Aun cuando Don Primo no hubiera traducido estas obras de Horacio, seguiría siendo el humanista que fue, espíritu en quien toda hermosura encontró resonancias. A lo largo de sus estudios históricos, puede hallarse un rico material para la historia de la cultura y del humanismo regional, especialmente en su *Discurso sobre la Instrucción Pública de San Luis Potosí*, en su *Introducción a la Historia Eclesiástica Potosina* y en su *Historia de San Luis Potosí* en cuatro volúmenes.

Como Ambrosio Ramírez y Primo Feliciano Velázquez, Tomás Ortiz (1859-1930) fue también alumno del Seminario y del Instituto Científico y Literario, como ellos fue abogado, y como ellos traductor de Horacio.

Nació en Ciudad del Maíz, pero desde su niñez vivió en la capital del Estado. Consagró casi toda su vida al ejercicio de su profesión y por varios años fue juez.

Del Venusino, tradujo únicamente tres odas: la oda 2 del Libro II, y las odas 22 y 28 del libro III. Hay algunos momentos felices de fidelidad y apego al pensamiento de Horacio y aun a la letra; pero se le escapan matices del original o parafrasea muy libremente, con lo que se destruye el rigor y la exactitud de la poesía latina.

El Pbro. Lic. Apolonio Martínez Aguilar (1873-1926), profesor de Historia y de Latín del Instituto Científico y Literario, además de varios discursos, imprimió las semblanzas de *Fray Diego de la Magdalena* (S.L. Potosí, 1a.

edición de 1908, 2da. de 1914) y de *Fray Diego Basalenque* (S.L.P. 1914). Su trabajo más original es su doble versión en prosa de la Egloga Cuarta de Virgilio “al mexicano que actualmente se habla en la Huasteca Potosina” (S.L.P. Im. de Fernando H. González, 1910).

Al quinto obispo de San Luis Potosí, el Dr. Miguel de la Mora (1874-1930) se le conoce más por su acendrada virtud que por su sólida formación en letras humanas y divinas. Cuando tomó posesión de su diócesis en 1933 ya había cosechado frutos copiosos en la cultura; profesor del Seminario de Guadalajara, había publicado su *Manual de Literatura General* (1901) que vería una segunda edición póstuma (1932) con el nombre de *Manual de Literatura Castellana*; fácil orador y conferencista, había pronunciado un buen número de discursos sobre temas sagrados y sociales, muchos de ellos impresos, algunas alocuciones en latín y aun en griego; y había escrito varios poemas castellanos, un ensayo sobre *La belleza* y un interesante estudio filosófico sobre *El reino hominal*; dirigió los periódicos *Seminario Marino* (que duró del 8 de diciembre de 1903 a 31 de dic. de 1904), y *Artes Cristianas* (abril de 1908) ambos de Guadalajara. En San Luis Potosí, fundó la *Gaceta Eclesiástica Potosina* el 12 de julio de 1922 que, con breves interrupciones, continúa hasta el presente; en esta revista se encuentran versiones suyas en verso español a varios himnos latinos del Breviario Romano.

Del Canónigo Pedro de María Segura (1855-1943), profesor de latín y Retórica en el Seminario desde sus 19 años, es una “Colección de opúsculos” que publicó en 1896 con el subtítulo *Ensayos literarios castellanos y latinos*, donde encontramos una dedicatoria latina al señor Obispo Montes de Oca, dos textos en prosa *Dissertatio de Juris Canonici Praestantia* y *Oratio de Sagrado Corazón de Jesús*, *Oda a Jesucristo*, *Himno a la Santísima Virgen de Guadalupe*. Publicó otros poemas latinos en *El Estandarte* (15 de Sept. de 1893) y una oración fúnebre latina a la muerte de Montes de Oca.

Otro *Elogium fúnebre*, pero a la muerte del Ilmo. Señor Obispo don Miguel de la Mora, es el del Canónigo José M. Díaz, de 1931.

Entre su vasta producción lírica, el Lic. José Antonio Niño escribió “Dos imitaciones de metro horaciano” (*Estilo*, San Luis Potosí, núm. 21, 1952).

No podríamos olvidar el paso fugaz pero fecundo de Concha Urquiza (1910-1945) por San Luis Potosí, donde residió de 1939 a 1944. En su cátedra de la Universidad Potosina renovó los métodos en el estudio de la literatura según descubría a sus alumnos el mensaje vital y eterno de los clásicos.

“Sin ser propiamente humanística su formación literaria, escribe Gabriel Méndez Plancarte, Concha logró un conocimiento no vulgar del gran tesoro

grecolatino, y supo asimilar algunas de sus fértiles savias" que afloran en su voz lírica inconfundible y grande.

"Mucho más que a los helenos, frecuentó a los romanos, cuya lengua estudió con fervor y llegó a leer con cierta facilidad, si no con plena maestría... No momias de museo, no cadáveres para la autopsia del erudito sino alimento vivo y sustancial de almas juveniles, fuente inexhausta de júbilo y de belleza" fueron para Concha Urquiza y para los humanistas potosinos de cuatro siglos las riquezas del humanismo.

Convencidos de los motivos que Menéndez y Pelayo aducía para no llevar a los escritores contemporáneos al Valle de Josafat, ni convertir a los vivos en juicio literario o en "historia", aquí concluimos este índice del humanismo de San Luis Potosí, en cuya secuencia histórica vive y alienta, con sus inevitables altibajos, pero con perseverante continuidad, una de las raíces más hondas y operantes de nuestra cultura mexicana.

BIBLIOGRAFIA

I. ESTUDIOS GENERALES

Alcorta Guerrero Ramón y Pedraza José Francisco.

— *Bibliografía Histórica y Geográfica del Estado de San Luis Potosí.* México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1941.

— *Primeras adiciones a la Bibliografía Histórica y Geográfica del Estado de San Luis Potosí.* México, Artes Gráficas del Estado, 1947.

Díaz de León, Rafael Lic.

— *Nuestros Prohombres.* San Luis Potosí, *Adelante*, 1926.

Montejano y Aguiñaga, Rafael Lic.

— *Catálogo de los Manuscritos de la Biblioteca Pública de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.* San Luis Potosí, Universidad Autónoma, 1958.

— *Notas para una historia de la filosofía en San Luis.* *Estilo*, núm. 15. San Luis Potosí, 1950.

Muro, Manuel.

— *Historia de San Luis Potosí*, 3 tomos. San Luis Potosí, 1910.

— *Historia de la instrucción pública en San Luis Potosí*, San Luis Potosí, N. Esquivel y Compañía, 1899.

— *Las ciencias, las letras y las artes potosinas en el siglo XIX*, San Luis Potosí, Tip. de la Escuela I. Militar, 1908.

Noyola Vázquez, Luis.

— *Traductores potosinos de Horacio, Letras Potosinas*, San Luis Potosí, núm. 62.

Peña, Francisco.

— *Estudios históricos sobre San Luis Potosí.* San Luis Potosí. Imprenta Editorial El Estandarte, 1894.

Ruiz, Rodolfo D.

— *Del lírico vergel potosino. Semblanzas y pergenios.* San Luis Potosí, 1919.

Velázquez, Primo Feliciano Lic.

— *Colección de Documentos para la historia de San Luis Potosí.* San Luis Potosí, Imprenta del Editor, 1897-99 (4 vol.).

— *Obras del Lic. Primo Feliciano Velázquez.* México, Imprenta de V. Agüeros, 1901.

— *Historia de San Luis Potosí. México*, 1946-48 (4 vol.).

II. ESTUDIOS SOBRE HUMANISTAS POTOSINOS

Sobre Fray Diego de la Magdalena.

— PRIMO FELICIANO VELÁZQUEZ. *Fray Diego de la Magdalena*, fundador de San Luis Potosí, en el folleto *La fundación de San Luis Potosí*, San Luis Potosí, 1942.

— JOAQUÍN MEADE. *Fray Diego de la Magdalena.* *Estilo*, San Luis Potosí, Enero-Junio de 1954.

Andrés Diego de la Fuente.

— JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA. *Andrés Diego de la Fuente*, humanista del XVIII y Cantor de Guadalupe, *Memorias de la Academia Mexicana.* México, Editorial Jus, 1958.

— JOAQUÍN MEADE. *El P. Andrés Diego de la Fuente*, S. I., primer poeta potosino. *Letras Potosinas*, San Luis Potosí, Julio-Diciembre, 1961.

Luis de Mendizábal y Zubialdea.

— JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA. *Luis de Mendizábal*, fabulista de la Independencia. San Luis Potosí, *Estilo*, 1956.

— JOAQUÍN MEADE. *El primer fabulista potosino, Luis de Mendizábal y Zubialdea.* *Letras Potosinas*, San Luis Potosí, Abril-Sept. 1962.

Fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera.

— JOAQUÍN MEADE. *Fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera.* *Letras Potosinas*, San Luis Potosí, Octubre-Dic. 1955.

Francisco J. Estrada.

— RAFAEL MONTEJANO Y AGUIÑAGA. *Dr. Francisco J. Estrada. Recuerdos de mi vida.* San Luis Potosí, Universidad Autónoma de S.L.P., 1954.

Modesto Santa Cruz.

— JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA. *Modesto Santa Cruz. Un juguete de la literatura latino-americana.* *Abside*, México, 1956.

Manuel M. de Gorriño y Arduengo.

— NEREO RODRÍGUEZ BARRAGÁN. *El Sr. Dr. Don Manuel M. Gorriño y Arduengo.* *Eco Universitario.* San Luis Potosí, Junio de 1949.

- NEREO RODRÍGUEZ BARRAGÁN El último informe del Rector don M.M.G.A. con notas y aclaraciones. *El Heraldo*, San Luis Potosí, 21 y 24 de abril de 1949.
- JOSÉ FRANCISCO PEDRAZA. Bibliografía del Dr. M.M.G.A. "Segunda Feria Potosina. Juegos Florales". San Luis Potosí, Sept. de 1943.
- RAMÓN ALCORTA GUERRERO. Bio-bibliografía de D.M.M.G.A. *Estilo*, San Luis Potosí, enero-junio de 1954.

Ignacio Montes de Oca y Obregón.

- GABRIEL MÉNDEZ PLANCARTE. Montes de Oca, humanista. *Abside*, México, 1940.
- JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA. Epistolario de Ipanandro Acaico. San Luis Potosí, *Estilo*, 1952.

Fray Guillermo García, o. p.

- JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA. Un tomista en San Luis. *Estilo*, núm. 15, 1950.

José de Jesús Jiménez.

- RAMÓN ALCORTA GUERRERO. Lic. José de Jesús Jiménez. *Fichas de Bibliografía Potosina*. San Luis Potosí, enero-febrero, 1953.

Pedro de M. Segura.

- *Biografía del Sr. Canónigo D. Pedro de María Segura*. México, Escuela Tipográfica Salesiana, 1918.

Apolonio Martínez Aguilar.

- SALVADOR BRAVO, La Iglesia y las letras potosinas están de duelo. *Acción*, San Luis Potosí, núm. 1586-1589, mayo de 1926. Luego en folleto (S.L.P. Imprenta de Mariano Guerra, 1926).
- NEREO RODRÍGUEZ BARRAGÁN. Revista de la Universidad. San Luis Potosí, junio-julio, 1950.

Ambrosio Ramírez.

- JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA. Ambrosio Ramírez, traductor de Horacio. San Luis Potosí, Universidad Autónoma, 1954.

Primo Feliciano Velázquez.

- JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA. Primo Feliciano Velázquez, traductor de Horacio, *Estilo*, S.L.P., núm. 18, 1951.
- JOAQUÍN MEADE. Datos biográficos del Lic. D.P.F.V. Sobretiro de *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia* (Tomo XIII, núm. 1). México, 1954.
- RAFAEL MONTEJANO Y AGUIÑAGA. *Fichas de Bibliografía Potosina*, S.L.P., enero-febrero, 1955.

Tomás Ortiz.

- JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA. Un olvidado traductor potosino de Horacio, el Lic. Tomás Ortiz. *Cuadrante*, S.L.P., Año III, núm. 1 y 2. Verano-Otoño de 1954.

Concha Urquiza.

- GABRIEL MÉNDEZ PLANCARTE. Obras. Poemas y prosas, Edición y prólogo de G. M.P. México, *Abside*, 1946.
- EMMA SUSANA SPERATTI PIÑERO. Temas bíblicos y greco-romanos en la poesía de Concha Urquiza. *Revista de la Facultad de Humanidades*, S.L.P., t. I, n. 2, 1959.

Sobre el Colegio de la Compañía de Jesús.

- FRANCISCO XAVIER ALEGRE. *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España...* (publicada por Carlos María de Bustamante). México, Imp. de J.M. Lara. T. I, 1841; T. III, 1842 (1843). La segunda redacción de esta misma obra, escrita en Bolonia, fue publicada recientemente con esta portada: *Memorias para la historia de la Provincia que tuvo la Compañía de Jesús en Nueva España...* México (2 vol.). Porrúa Hnos., 1940 (y 1941).
- JULIO BETANCOURT. Notas históricas potosinas. El Colegio de los Jesuitas. *Acción*, S.L.P. Varios artículos del 12 de julio al 2 de agosto de 1923.
- NEREO RODRÍGUEZ BARRAGÁN. La expulsión de los jesuitas en S.L.P. *Letras Potosinas*, S.L.P., núm. 94.
- JOAQUÍN MEADE. Rectores que tuvo el Colegio de la Compañía de Jesús en S.L.P. *Cuadrante*, S.L.P. Otoño de 1952.
- JOAQUÍN MEADE, Semblanza del P. Juan Bautista María de Luyardo, famoso rector del Colegio de la Compañía de Jesús S.L.P. *Fichas de Bibliografía Potosina*, S.L.P. enero-marzo, 1957.
- JOAQUÍN MEADE. Petición al Virrey del Dr. D. Manuel Gorriño y Arduengo para el restablecimiento del Colegio de la Compañía de Jesús, *Estilo*, S.L.P., núm. 45, 1958.

Sobre el Colegio Guadalupano Josefino.

- JULIO BETANCOURT. Notas históricas potosinas. El Colegio Guadalupano Josefino. *Acción*, San Luis Potosí. Varios artículos a partir del 7 de agosto de 1923.
- De varios autores. Primer Centenario de la Fundación del Colegio del Estado. San Luis Potosí, Imprenta Berumen, 1926.
- NEREO RODRÍGUEZ BARRAGÁN:
 - 1) Apuntes para la historia de la Universidad de S.L.P. en cien años de vida. San Luis Potosí, Ediciones de la Revista *Centro*, 1936.
 - 2) Apuntes para la historia del Colegio G. J. *El Heraldo*, S.L.P. 15 de agosto de 1948.
 - 3) Inauguración del Colegio G.J. *Letras Potosinas*, S.L.P., julio-agosto de 1949.
 - 4) Datos sobre el Colegio G. J. *Eco Universitario*, S.L.P., julio-agosto de 1949.
 - 5) Informe de los Capitulares del H. Ayuntamiento de S.L.P. sobre el Colegio G.J. *Letras Potosinas*, S.L.P., junio de 1949.
 - 6) El primer gobernador de nuestro Estado y el Colegio G.J. hoy Universidad Autónoma de S.L.P. *Centro*, S.L.P. I, 2, enero de 1951.
 - 7) Documentos inéditos sobre el Colegio G.J. *Centro*, S.L.P. I, 7, julio de 1952.
 - 8) El Colegio G.J. hace cien años. *Estilo*, S.L.P., enero-marzo, 1953.
 - 9) El Colegio G.J., actual Universidad Autónoma de S.L.P. *Letras Potosinas*, S.L.P., enero-marzo, 1962.

Sobre el Seminario Conciliar.

- JULIO BETANCOURT. Notas históricas potosinas. El Seminario Conciliar de 1855 a 1859. *Acción*, S.L.P., 7 de Sept. de 1923.
- NEREO RODRÍGUEZ BARRAGÁN. El Sr. Obispo Barajas y el Seminario Guadalupano Josefino. *El Heraldo*, S.L.P., 14 de Nov. de 1948.
- RICARDO B. ANAYA. El Seminario Conciliar de San Luis Potosí, San Luis Potosí, 1955.